

Esta no es una reseña



Cristina Rivera Garza, *La castañeda*, México: Tusquets, 2010.

Me declaro irresponsable. Confieso que estaba dispuesto a hacer una reseña cabal y en forma, del modo que las hacen los más cumplidos: describen el tema central del libro, nos obsequian datos curiosos (no había tales castaños en la castañeda) y encuentran correspondencias con autores de culto, los más profesionales eligen una cita representativa. Conozco muy bien a estos responsables reseñistas que envidio, y seguramente elegirían la siguiente cita del doctor Rivadeneyra, precursor de la psiquiatría moderna: “Un cerebro rodeado por vicio, borracheras, descontento y pleitos, sólo podría reaccionar de forma amarga; de allí parte el inicio de la locura.” Estos engolados reseñistas proseguirían diciendo que Cristina Rivera Garza describe las maneras en que la locura se vincula desde siempre con el orden moral del poder en turno, que en nuestros días las cosas no han cambiado tanto. Pero yo, el crítico irresponsable, me opondría a esa idea rotundamente, diría que Cristina sim-

plemente ha deseado presentar historias humanas, las formas en que un hombre se enreda en sus silogismos y otros los padecen, padecen los errores humanos, sufren, como diría Vallejo, golpes como del odio de Dios. Y que esto ha sucedido desde la verdu de los hombres. Un segundo reseñista simpatizaría con el primero, haciendo labor de conjurados, y diría que la modernidad, con su discurso del orden y el progreso, inaugura la relación de la locura con el poder: a los enfermos mentales los designa el príncipe. Ya no insistiría en mi idea de que estamos en la nave de los locos pacientes, psiquiatras y reseñadores, y que lo importante es que Cristina ha dado luz a hombres de carne y hueso que han vivido en el margen. Luz al ruido triste que hacen los cuerpos cuando se aman, diría Cernuda. No intervendría, me iría a casa con un acceso de cólera más que merecido.

Juro que me esforcé en hacer una reseña como el que más. Pero mis empeños se veían interrumpidos a cada giro que me provocaba la lectura. Enfebrecido comenzaba a divagar, repetía para mi coleteo que estamos jodidos desde el neolítico, recordaba películas sólo para locos, aquella elipsis de Kubrick en *2001: Una odisea en el espacio*, la elipsis más larga en la historia del cine donde cavernícolas golpeándose a garrotazos alternan con astronautas dándose de coscorrónes, clarísimo, me decía, Cristina hace una elipsis de cien años, allá en 1910, en *La Castañeda*, dando electrochoques a humillados y ofendidos y aquí en el 2010 a ráfaga de bala y coscorrónes. Inmediatamente me contradecía, recordaba aquél cuento y después película de García Márquez: el cuerdo que encierran por accidente o el loco que se siente cuerdo. Eureka, Cristina encontró la corriente literaria que hay en las instituciones, Kafka navega subrepticamente a lo largo del libro (como podrán atisbar, empezaba a hilar frases de responsable). Pero me refutaba de nuevo: qué tonto he sido, lo que Cristina cuenta son las vidas reales inadvertidas, es literatura de la realidad, como las de la Atwood, como aquel interno de *La castañeda* que por veintiún años entraba y salía sin que nadie le diera derecho a decir una palabra

(después se supo que fue ojalatero, campesino, creyente de la reencarnación y en un Dios guardián del trueno).

Angustiado, alternaba mi lectura de *La Castañeda* con *Nunca me verán llorar*, pasaba de un libro a otro guiado por el ritmo de mi desesperación, acaso allí encontraría la clave del asunto, en esa novela de Cristina Rivera basada en una interna de *La castañeda*, Matilda Burgos en la novela y Modesta B en los archivos de *La Castañeda*, y el fotógrafo de los internos de nuevo ingreso, Joaquín Buitrago en la novela (personaje acaso inspirado por la personalidad del artista Julio Ruelas), enamorado de Matilda Burgos/Modesta B., mujer que le preguntó cuando ella era prostituta y él fotógrafo de burdeles cómo se llegaba a ser fotógrafo de putas, y ahora de nuevo le pregunta cómo es que se llega a ser fotógrafo de locos. Y ahora me pregunto cómo es que se llega a ser reseñista de libros.

Joaquín Buitrago fue fotógrafo de putas en los burdeles, de reclusos en las cárceles y de locos en *La Castañeda* (véase el desorden, ahora estoy haciendo una reseña de otro libro), era el retratista de los lugares liminales. Sitios espejos invertidos de la sociedad, en ellos el tiempo transcurre distinto, o más bien no transcurre, dice Michel Foucault que hay lugares que niegan el tiempo, sí, contradicen el discurso del progreso, de las almas buenas, se les exilia y a la vez se les idilia, cuántos que no han vivido en el encierro, infierno a veces, no lo prefieren a convivir con los usos de la sociedad. Está claro, me dije, *La Castañeda* es el espejo invertido de una época empecinada en la pulcritud y obstinada en el orden.

Con esta última frase: “*La Castañeda* es el espejo invertido de una época empecinada en la pulcritud y obstinada en el orden”, creí haber encontrado el primer punto de mi texto, pero este hecho me incomodó, me hizo sentir reseñista responsable, y como en mi imaginación habían reñido con los reseñistas responsables, no aceptaba unirme a ese grupo de conjurados.

Decidí entonces, hace un par de días, escribir jocosamente, algo así como María Cristina nos quiere confundir, y yo me pierdo y me pierdo en la lectura de un libro

que es dos, de una historia que es cien veces cien, de una materia médica que es también poética y profundamente humana en el afán de comprender a los otros, me pierdo en los laberintos del dolor, de la injusticia, de la ineptitud y sobre todo, en la complejidad de los afectos humanos, presentes también, o más presentes, en la vida en los linderos.

En el mismo tono jocundo, quería iniciar diciendo: sabía usted que un interno llamado Marino García, ingresado en 1919, fue ignorado durante doce años y en su expediente no viene una sola palabra de sus labios, hablan de él el director, el jefe, el secretario, el jardinero, pero él nunca habla de sí. Como el cuento de Paz: llega el intendente y lo culpa de introducir sal en el agua, enseguida el jefe de comisaría lo acusa de ensuciar con sustancias extrañas el agua, después el prefecto lo interpele: "con que usted es el envenenador de las aguas."

Sabía usted que Rosario E. fue diagnosticada a su ingreso de padecer psicosis histórica, luego locura moral y años más tarde con-

cluyeron que mejor tenía mal de melancolía. Intendente, Jefe de Comisaría, Prefecto.

Sabía usted que los pabellones de La castañeda tenían la señalética: pabellón de los imbéciles, pabellón de las sifilíticas, de los epilépticos, pabellón de los furiosos.

Sabía usted que hubo una época de un gobierno extremadamente conservador que consideraba el consumo de drogas, el alcoholismo y la conducta licenciosa como ofensas al Estado que se oponían al progreso, y que este régimen quería imponer su idea de orden a ultranza desembocando en la derrama de sangre de cientos de miles. Si usted sabía de esa época porque carajo no evito que se repitiera hoy día.

Todos los elementos del libro conspiraban contra mí, no podía concentrarme, la lectura siempre me desviaba, quizás esa es la gracia del libro, La castañeda nos remite a uno mismo y al otro, al primer dolor que sentimos aquella tarde remota, a la injusticia de institución que padecemos, a la primera esperanza cumplida, la cura lograda, el sosiego por fin.

Intenté también una reseña del todo académica, traer, por ejemplo, a Derrida y su libro *Mal de archivo*, donde enseña que los documentos ocultan más de lo que descubren, cosa que Cristina sabe y por ello quiso llenar los enormes vacíos con una novela que nos complicó más las cosas, que se conociesen los intersticios de Matilde Burgos/Modesta B, acuciosa escritora de despachos diplomáticos enviados desde el manicomio. Quise decir que Roselyn Rey, en su libro *Historia del Dolor*, como muchos otros, ha ilustrado la relación íntima entre moral, poder y enfermedades, que compré el libro de Roselyn en Montreal en 2003, justo cuando padecía apreturas y penurias, quería conocer las maneras históricas del dolor, no sólo la mía.

En fin, hago pública esta noticia de incumplimiento con la finalidad de que se conozcan los detalles de mi despropósito y me concedan las atenuantes debidas a mis fallidos intentos.

Miguel Maldonado